

Industria cultural, cultura industrial: motores de progreso

Pere Navarro



Masia Freixa: edificio modernista, Terrassa

Dentro del ámbito dedicado a *Clusters urbanos e industrias culturales* la Fundación Kreanta me propuso presentar, difundir y compartir -en el encuentro de Sitges- la experiencia de la ciudad de Terrassa en relación al papel de las industrias culturales como motor de desarrollo urbano y de creación de bienestar social.

Les presentaré a grandes rasgos un recorrido a lo largo de tres décadas de la historia más reciente de nuestra ciudad y tomaré como eje de esta visión el papel que ha jugado y juega la cultura en cuanto a la dinamización económica, a la proyección de lo que es, lo que quiere ser y lo que ofrece Terrassa en un entorno cambiante. Pero también de su impacto en la vida cotidiana de los ciudadanos y ciudadanas, es decir: una visión política en el más amplio sentido de la palabra, que complementa el enfoque más centrado en la economía o la competitividad.

El escritor catalán Josep Pla describía de este modo la ciudad de Terrassa, hace más de tres décadas:

Ha pasado de los antiguos obradores artesanos de los gremios medievales al maquinismo y la industrialización ochocentista, a las “Quadres”, a los “Vapors” y finalmente a las grandes naves fabriles. Este proceso ha sido tan obsesivo que no ha dejado tiempo para nada más a los terrassenses. Trabajar, tal parece que es el destino de Terrassa.

El texto, un fragmento de su *Guia de Catalunya* publicada en 1971, retrata, no sin acierto, la Terrassa de principios de los años setenta. Es mi ciudad, y su historia es también la mía, por ello me veo obligado a aceptar, a regañadientes, la veracidad de esta descripción, el tono gris que Pla subraya en su libro para la ciudad de aquella época. Este es, a

grandes pinceladas, el punto de partida. Aunque también es cierto que en aquella ciudad por entonces problemática y desestructurada, con su identidad y su economía en crisis, había una fuerza oculta que el escritor y viajero no supo detectar. Tampoco era fácil: requería una observación muy atenta, un conocimiento muy profundo de la sociedad terrassense, de la ebullición de ideas, proyectos e inquietudes que en el tramo final del franquismo ya era imposible ocultar a la opinión pública, pero que aún encontraban infinitos obstáculos para desarrollarse y fructificar.

Lo que sucedía entonces en Terrassa no era tal vez muy distinto de lo que ocurría en otras grandes ciudades de nuestro país, pero, puesto que cada una ha tomado caminos distintos y ha buscado estrategias propias hacia dentro y hacia fuera, intentaré explicarles el por qué del rumbo escogido por mi ciudad. Cuando hablo de la ciudad no me refiero exclusivamente al Ayuntamiento, por supuesto, sino al conjunto de agentes sociales, diverso, en permanente reformulación, que actúa en una comunidad, que se expresa de formas muy diversas e incluso contradictorias y que puede tomar caminos divergentes o enfocarse hacia un modelo globalmente coherente. Este es el caso de Terrassa y creo que el liderazgo del Ayuntamiento no es ajeno en absoluto a la capacidad de condensar, estructurar, canalizar, fuerzas que en un principio eran por naturaleza muy dispersas.

Si la primera y más expresiva imagen de una ciudad es su paisaje, la Terrassa del año 2008 se ha convertido en una ciudad muy distinta a la que retrataba Josep Pla, a la que posiblemente en algún momento hayan conocido ustedes de cerca.

Aunque una imagen (o mejor, varias...) vale más que mil palabras, hay algunos

rasgos del paisaje terrassense del siglo XXI que son evidentes.

El primer rasgo destacable, a medida que nos aproximamos a Terrassa en un recorrido imaginario, es la fuerza, como telón de fondo, que tiene el Parc Natural de Sant Llorenç del Munt, una extraordinaria masa forestal que tiñe de verde el paisaje alrededor de la ciudad. Estamos ante una gran ciudad catalana que busca la armonía con la naturaleza, con el medio ambiente, sin renunciar al progreso ni a su vocación productiva, innovadora e industrial. Una gran ciudad rodeada por un anillo verde que preservamos con el máximo respeto por su valor ecológico y paisajístico.

El segundo rasgo destacable es la gran cantidad de antiguas chimeneas que salpican el "skyline" de la ciudad. Son decenas de chimeneas, protegidas normativamente en la actualidad como signos de identidad, símbolos de un pasado industrial centrado en el textil al cual no sólo no renunciamos, sino que reivindicamos y actualizamos a partir de nuevas premisas en un mundo globalizado y en permanente transformación. Tienen un significado entrañable para buena parte de la población, se han convertido en parte de nuestra cultura local y en referente de nuestra vocación industrial de futuro.

El tercer rasgo que deseo subrayar es la formidable red de comunicaciones que hemos ido tejiendo alrededor de la ciudad y en su interior. Las más evidentes están ahora mismo en la fase final de su construcción: uno de los tramos del Cuarto Cinturón o Ronda del Vallès, entre Terrassa y Abrera, al norte de la ciudad. Esta nueva vía complementará las actuales autopistas metropolitanas (Barcelona por Meridiana o por túneles de Vallvidrera) y de conexión con el interior de Catalunya y Francia (autopista

Terrassa-Manresa y Eje de la E-9, una de nuestras apuestas estratégicas para un futuro en el que apostamos por estrechar lazos de todo tipo hacia el norte).

Pero las comunicaciones terrestres en nuestro siglo reclaman nuevas y vigorosas apuestas por el ferrocarril y el transporte público, como soluciones a una creciente demanda de movilidad y a los retos de la protección del medio ambiente. Así, las apuestas de Terrassa en este campo son la incorporación de la ciudad al restrictivo “club” de las ciudades con metro: el futuro Metro de Terrassa está en construcción actualmente, sobre la base de la ampliación de las líneas de ferrocarril y estaciones de Ferrocarrils de la Generalitat y de Renfe. En un futuro próximo, la concreción de un auténtico “cuarto cinturón ferroviario” entre el Maresme y el Baix Llobregat, pasando por Terrassa, permitirá ampliar las comunicaciones por ferrocarril.

Una vez más, el futuro de la ciudad se vinculará al de este medio de transporte: hace más de siglo y medio, el desarrollo industrial del sector textil fue posible precisamente a partir de la llegada del primer ferrocarril, en 1856.

Pasado y futuro dibujan una espiral a través de la cual progresa la ciudad, preservando su identidad y su historia, avanzando por un camino lleno de desafíos que ponen a prueba su fortaleza y su dinamismo, a menudo pivotando sobre dos ejes principales: cultura e industria, con las distintas formas o apariencias que han ido tomando en cada época histórica.

Los tres elementos del paisaje terrassense que acabo de describir y situar en su contexto me permiten regresar a aquella descripción de Josep Pla y al extraordinario cambio vivido por la ciudad a lo largo de las últimas tres décadas.

Una parte muy importante de la tarea de un alcalde es escuchar y hablar, alimentar el circuito de ideas y palabras que circulan entre la ciudad y su Ayuntamiento, con objeto de refinar, pulir permanentemente, lo que podríamos llamar “estrategia ciudadana”. En infinidad de ocasiones he escuchado de muy distintas maneras la misma observación, en tono de elogio e incluso de sorpresa: “¡Cómo ha cambiado esta ciudad!”. A menudo intuyo que tras este tipo de comentarios hay una sombra de incredulidad, está implícito que mi interlocutor o interlocutora no creía posible una transformación tan profunda en tan poco tiempo. Tampoco la creían posible muchos terrassenses, ésta es la verdad, hace treinta años.

Terrassa ha cambiado de fisonomía pero no de alma. La ha despertado, le ha dado alas. Además de las calles, de los edificios más representativos, de las carreteras y ferrocarriles, de los bosques y montañas que constituyen el telón de fondo del paisaje terrassense, existe un tejido humano que da sentido a todo esto, que da vida a una ciudad, que define su espíritu y crea bienestar y felicidad para los ciudadanos y ciudadanas. Este tejido humano y social es la clave del cambio experimentado y del razonable optimismo con el que afrontamos el futuro, atravesando una época difícil para cuyos retos estamos sólidamente preparados.

Éste es en esencia el camino recorrido por Terrassa a lo largo de treinta años, desde finales de los setenta hasta la actualidad. Mi ciudad continúa siendo una ciudad industrial, aunque otro tipo de ciudad industrial. Las palabras llevan asociadas imágenes profundamente arraigadas en nuestra mente: pronunciamos o escribimos la palabra “industria” y vemos inmediatamente chimeneas, naves industriales, polígonos, máquinas,

y muy fácilmente asociamos a estas imágenes aspectos negativos como la contaminación, el ruido, los residuos. Imágenes que provienen de la Europa del siglo XIX y de principios del XX, que forman parte de la cultura visual occidental. Así fue Terrassa no hace tantos años, esa imagen también expresa verazmente nuestra historia a lo largo del siglo XX.

No dudo en reivindicarla, porque gracias a esa etapa, y aparcando por un momento los enormes problemas que creó y que tuvimos que aprender a resolver, también es cierto que generó crecimiento, riqueza, dinamismo, que atrajo talento y creatividad, que creó enormes oportunidades personales y colectivas y permitió a la ciudad acumular fuerzas para el estallido de vitalidad, de renovación, de creatividad, que empezó a tomar forma a lo largo de los años ochenta.

Lo hizo, y ahora tiene un especial sentido subrayarlo, en tiempos de crisis económica, en los setenta y los ochenta. Con infinidad de problemas laborales, económicos y sociales dramáticos. En aquella misma época recuperamos la libertad y la democracia en un momento histórico marcado a nivel local por la agonía del sector textil, el núcleo de la economía terrassense durante más de un siglo, y por unas cifras de paro y destrucción de empresas desconocidas antes de aquel momento. El formidable reto que suponía aquella crisis venía agravado por la carencia prácticamente absoluta de músculo social e institucional para afrontar una época en la que Terrassa estuvo al borde de la quiebra, en todos los sentidos.

Pero utilizamos la crisis como una oportunidad. En parte, porque no teníamos más remedio, ésta es la verdad. Pero también porque intuimos que podíamos

construir una nueva ciudad además de resolver los problemas acumulados en el corto plazo. El equilibrio entre las urgencias y la estrategia de futuro creo que fue la clave de un extraordinario salto adelante que empezó a visualizarse internamente en la época de los Juegos Olímpicos de 1992 y que Terrassa proyecta hacia el exterior en estos primeros años del siglo XXI.

Fíjense: he dicho que “intuimos” el camino que después tomamos. Disponíamos de pocos datos, de escaso conocimiento acumulado en muchos campos clave para tomar decisiones correctas. Carecíamos de una administración pública de calidad, capaz de condensar las pulsiones ciudadanas, el conocimiento y de explorar metódicamente nuestro entorno en busca de ejemplos excelentes. Nuestro país aún no estaba insertado en la sólida y próspera Unión Europea. Nuestras empresas y nuestro sistema financiero aún no habían iniciado su proceso de modernización e internacionalización. Contábamos poco en la mayor parte de redes mundiales. Y teníamos muchas urgencias históricas que acometer simultáneamente.

Esto es justamente lo que hicimos: buscar los mejores modelos, los que mejor se adaptaban a nuestra identidad y a nuestras posibilidades. Con ambición y pragmatismo. Con visión a largo plazo. En algunos casos buscamos inspiración, en otros copiamos sin ningún reparo y en la mayoría adaptamos y combinamos soluciones a nuestra medida y aportamos algunas novedades que más tarde han servido también de inspiración y ejemplo a otras ciudades. Así fue como construimos no sólo un discurso global riguroso, imaginativo, flexible y bastante coherente, sino sobre todo un mecanismo de diálogo y consenso económico, cultural y social muy fluido, que buscaba sumar capacidades y cualidades hacia

un objetivo que forzosamente tenía que ser no sólo aceptado, sino deseado mayoritariamente.

En aquel momento, además de desarrollar estrategias de promoción económica y de mejora urbanística de la ciudad, nos planteamos seriamente preservar y reforzar la identidad de la ciudad y desarrollar sus potenciales culturales. Con los años, muchas de las antiguas fábricas textiles se convirtieron en equipamientos públicos, museos o espacios residenciales y comerciales. La misma crisis económica que sacudió el mundo de la empresa y del trabajo en aquel tiempo dejó numerosos espacios desocupados que representaban una extraordinaria oportunidad de futuro, no sólo urbanística. Las decenas de chimeneas que formaban parte inseparable del paisaje terrassense se convirtieron a partir de ese momento en monumentos, en hitos visuales que homenajearon una época clave en la historia del desarrollo de la ciudad.

Industria y cultura. Cultura e industria. Dos términos estrechamente vinculados, inseparables, a lo largo de la historia de Terrassa de los siglos XIX y XX. Dos itinerarios en paralelo, auténticos vasos comunicantes. Por muchas razones, entre las cuales destaca la coherencia con las raíces de la identidad terrassense: un tejido en el que la vocación industrial y la cultural se refuerzan mutuamente.

La ciudad ha desarrollado progresivamente un sector cultural que ha ido adquiriendo un peso notable en la economía y el mercado laboral de la ciudad, además de constituir un atractivo de primer orden para la promoción de Terrassa y un elemento esencial de la calidad de vida y el bienestar de los ciudadanos y ciudadanas.

No me canso de insistir en ello una vez más: nuestra finalidad, lo que da sentido a las políticas públicas, es la creación de progreso y calidad de vida para las personas. Éste es el verdadero indicador para medir el éxito o el fracaso y todos los matices intermedios entre un extremo y otro. Es difícilmente cuantificable, aunque no es imposible. Probablemente éste sea uno de nuestros retos de futuro: medir con el máximo rigor posible el impacto directo e indirecto de las políticas culturales.

Partiendo prácticamente de la nada, reinventando, redescubriendo los orígenes, recuperando y preservando los elementos esenciales de la historia y la tradición, como les decía al principio, la ciudad reconstruyó el marco cultural de su identidad y desarrolló una extraordinaria capacidad de generar actividad cultural de todo tipo.

La creación de equipamientos culturales y cívicos básicos y de un nuevo sector de servicio público en el campo de



La sede episcopal de Òrga: iglesias de Sant Pere de Terrassa

la cultura; el apoyo a las entidades y asociaciones; el impulso a actividades que por alguna razón habían arraigado ya en la ciudad o que contaban con interesantes perspectivas de futuro; la recuperación de tradiciones y costumbres... Todos estos frentes de actuación, combinados a través de una estrecha colaboración entre el Ayuntamiento y las entidades y asociaciones culturales, dieron como fruto dos conceptos o eslóganes estrechamente asociados a la ciudad: Terrassa, ciudad industrial, Terrassa, ciudad cultural. Una ciudad que ha ido construyendo sobre estos dos ejes una capitalidad simbólica pero muy real en la Catalunya del siglo XXI.

Hay algunos elementos de esta “factoría cultural” terrassense que merecen ser destacados especialmente. El Festival de Jazz y la programación estable de jazz a lo largo del año sitúan a Terrassa como una de las capitales catalanas y europeas del jazz. La fuerza de Terrassa como ciudad “castellera” es un símbolo del esfuerzo por recuperar y potenciar tradiciones, costumbres, que además constituyen valiosos instrumentos de cohesión social. La calidad y proyección de la oferta teatral, de danza y de espectáculos. La apuesta por la innovación en el campo de las artes plásticas. La recuperación de la Fiesta Mayor o la creación de una Fira Modernista anual son dos actuaciones en las que se combina el valor cultural con el ocio y la convivencia y que constituyen además elementos de proyección exterior de la ciudad muy valiosos.

Además de potenciar la creatividad y la calidad de vida, este conjunto de actuaciones han permitido borrar progresivamente el tono gris de aquella Terrassa de antaño y ofrecer a ciudadanos y visitantes un amplio abanico de

posibilidades de disfrutar de la cultura y del ocio.

Podría extenderme más en esta lista -seguro que comprenderán que la tentación es muy fuerte para un alcalde orgulloso de su ciudad- pero creo que son ejemplos suficientes para ilustrar el fenómeno que intento describirles con esta ponencia.

A partir del patrimonio histórico recuperado, preservado y revalorizado, Terrassa se ha ido posicionando en Catalunya y el resto de España como una ciudad clave en el ámbito del patrimonio industrial y modernista, así como en el del patrimonio medieval, en los ámbitos del pre-románico y del románico.

Dos monumentos de proyección nacional e internacional simbolizan estas líneas de actuación que implican, sin duda, la creación de oportunidades económicas y laborales en el futuro.

El más antiguo: el extraordinario conjunto episcopal y monumental de las iglesias de Sant Pere, que se remonta en sus orígenes al siglo IV de nuestra era. Y el más reciente, aunque ya tiene un siglo de vida: el bellissimo Vapor Aymerich, Amat i Jover, sede central del sistema del Museu de la Ciència i la Tècnica de Catalunya, que se extiende por todo el territorio catalán. Son dos símbolos del pasado y de la historia, pero al mismo tiempo dos auténticos motores de futuro. Ambos monumentos, sumados a un extenso catálogo patrimonial y a un paisaje preservado con sensibilidad e inteligencia, han permitido que Terrassa esté posicionándose también como ciudad turística, basando su atractivo en una potente oferta de turismo cultural en la que se combinan el patrimonio y la oferta de actividades.

Y esto ha tenido efectos inmediatos en la economía local, combinados con la profunda renovación urbanística o

la construcción de infraestructuras de comunicaciones a una escala jamás conocida hasta ahora.

Permítanme que les ponga un ejemplo. Poco antes de los Juegos Olímpicos creamos la primera Oficina de Turismo, que también era la Oficina Olímpica de nuestra ciudad. La pregunta obligada entonces era: “¿Puede ser Terrassa una ciudad turística?” La respuesta ha ido llegando con los años. En 1992 se inauguraba el primer hotel: ahora tenemos cuatro, con altos índices de ocupación. Y hemos empezado a exportar “know how” en el campo de la innovación de la artesanía y el diseño turísticos, donde hemos apostado por una estrecha relación con los profesionales del sector, por la calidad, la creatividad y por la construcción de una “imagen de marca” en este campo. También estamos viendo resultados de esta apuesta en otro ámbito: el del turismo de reuniones,

vinculado a actividades empresariales, profesionales o sectoriales. Esto era algo casi impensable hace veinte años y ha sido posible en parte gracias a los efectos de las políticas impulsadas a nivel local, a la sólida red de consenso y colaboración ciudadana y a cambios globales que han ofrecido al sector cultural una oportunidad de incidir intensamente en el desarrollo social y económico de las ciudades.

Otra de las respuestas a aquella duda inicial, a principios de los noventa, se encuentra en la ubicación en Terrassa de la sede central de la XATIC, la red de municipios catalanes clave en cuanto al patrimonio industrial. Terrassa lidera y coopera para impulsar la promoción de este patrimonio, para protegerlo, divulgarlo y dinamizarlo, para potenciar estrategias de colaboración entre administraciones y sector privado, para generar nuevas oportunidades de



Museu de la Ciència i de la Tècnica de Catalunya, Terrassa

desarrollo. Sin la política y el consenso de preservación de nuestro patrimonio histórico ahora no sería posible utilizarlo, en el mejor sentido de la expresión, como una herramienta de progreso, algo perfectamente compatible con el respeto a su valor cultural e histórico.

En la misma época, a principios de los noventa del siglo pasado, nos propusimos también reforzar el carácter universitario de la ciudad, hasta entonces muy centrado en las ingenierías de la Universitat Politècnica de Catalunya (UPC) y especialmente en el textil, por razones históricas. Ahora contamos con más de sesenta carreras universitarias, con centros de investigación punteros en muchos campos y disponemos de una alta concentración de talento, conocimiento y creatividad que repercute no sólo en el desarrollo económico, sino también en el cultural y en el social, en la generación de bienestar para todos, pero muy especialmente para los jóvenes.

Terrassa se ha convertido en la segunda ciudad universitaria de Catalunya, desarrollando un modelo propio de campus abierto, concentrado en una zona de la ciudad (pronto accesible en Metro) y muy permeable a la colaboración con las empresas, con el tejido asociativo. Hemos buscado favorecer al máximo la creación de un entorno donde pueda desarrollarse el talento y la creatividad, donde el mundo productivo y el académico tengan puntos de encuentro y fácil colaboración, donde se pueda construir la base para la competitividad global que será la clave del mundo futuro.

En estos momentos estamos finalizando un proyecto fundamental para la identidad cultural terrassense: una puesta al día, posterior a una larga etapa de excavaciones y estudios, del conjunto de las iglesias de Sant Pere, situado en pleno centro de la ciudad y junto a uno de los

mayores parques urbanos de Catalunya, el de Vallparadís. Tras varios años de trabajos de recuperación arquitectónica del recinto, de investigación histórica y arqueológica, que ha significado una importante inversión económica, esta primavera reabriremos simbólicamente un recinto que nunca ha estado cerrado pero que ha soportado una larga y delicada etapa de obras.

Estoy convencido que este conjunto episcopal y monumental será un elemento clave para la promoción de la ciudad en el futuro. En primer lugar, por su singularidad histórica y arquitectónica. Sus orígenes, que se remontan al siglo IV, nos permiten trazar un amplio recorrido a través de quince siglos de historia, con un hito fundamental: la antigua sede del Obispado de Egara, fundado hacia el año 450 y desaparecido en los siglos de las invasiones árabes. En aquella época tomó forma un conjunto episcopal de características muy especiales, que, aunque fue de mayores dimensiones que el actual, ha marcado el aspecto global del conjunto hasta nuestros días.

Ésta es una sede episcopal única en Catalunya, en España y en Europa, además de un conjunto monumental que para los y las terrassenses tiene un significado muy especial. El tratamiento respetuoso que se le ha dado al conjunto, gracias a la colaboración de diversas instituciones, permite revalorizar su historia y potenciar su atractivo. En parte, por orgullo: por el legítimo orgullo que cada ciudadano y cada ciudadana sienten hacia aquello que consideran suyo, patrimonio de la ciudad, legado del pasado. Pero en parte también porque esta extraordinaria herencia cultural será una pieza clave para el desarrollo y la dinamización de la ciudad en el ámbito de las industrias culturales, para la proyección de una

imagen atractiva y única que revierta en el progreso de la comunidad en su conjunto.

Por una parte, pues, revalorizamos nuestro patrimonio, pero al mismo tiempo estamos creando también un nuevo motor de progreso cultural, de atracción de visitantes, de generación de actividad intelectual y de intercambio, de proyección de la ciudad, de creación de oportunidades de todo tipo a medio y largo plazo. Estamos en estos momentos poniendo a punto una estrategia de relanzamiento de este conjunto a escala nacional, coherente con la estrategia global de proyección de la ciudad, con el objeto de situarlo en el lugar que le corresponde dentro de los puntos clave de la cultura catalana y del patrimonio de nuestro país.

Simultáneamente, estamos construyendo un nuevo Teatre Principal, sobre la base de un edificio de alto valor histórico que enlaza con los tiempos de la Terrassa textil, con un paisaje urbano y humano creado desde finales del siglo XIX alrededor de la industrialización, la burguesía y el proletariado, en un entorno de progreso material y de luchas sociales, de innovación cultural y artística. Pretendemos convertirlo en los próximos años en el buque insignia de la oferta terrassense en artes escénicas, de la formidable factoría de creación que ya tenemos en marcha en este campo.

Sin duda, estas dos intervenciones públicas tendrán un efecto beneficioso sobre la economía local, además de la calidad de vida de las personas y de la riqueza cultural de nuestra ciudad. Ambas operaciones tienen algunos paralelismos y notables diferencias, pero un hilo conductor común: el esfuerzo de las generaciones actuales por preservar la memoria y la identidad, al mismo tiempo que construimos oportunidades de progreso futuro.

Por otra parte, la búsqueda de alternativas al modelo industrial y productivo “tradicional” nos ha llevado a explorar nuevos sectores de actividad donde, una vez más, la cultura y la industria juegan papeles decisivos.

Un caso destacable sería la apuesta de Terrassa en el campo audiovisual: un complejo tecnológico de promoción pública, impulsado por el Ayuntamiento y la Generalitat de Catalunya, es la pieza clave de una apuesta de largo recorrido que pretende atraer y concentrar actividad audiovisual (producciones y rodajes de cine, televisión, publicidad, nuevos medios...), potenciar la proyección exterior (concibiendo la ciudad como un gran “plató” de exteriores), desarrollar la oferta educativa de más alto nivel (la Escuela de Cine de Catalunya está en Terrassa desde 2003) o explorar las posibilidades de crear empleo en este sector, abriendo por ejemplo una línea específica de formación profesional especializada en el mundo de la imagen y el audiovisual (Campus Vallparadís).

A ello se suma la futura ubicación en Terrassa del archivo de la Filmoteca de Catalunya, un elemento patrimonial de primer orden a escala nacional, en el mismo complejo del Parc Audiovisual de Catalunya. Sumando estas actuaciones al desarrollo aún embrionario de un nuevo Parque Tecnológico, estamos construyendo un auténtico distrito tecnológico al norte de la ciudad, sobre el eje de la Ronda del Vallès (prácticamente finalizada en el tramo de Terrassa) o del futuro cinturón ferroviario y de la red de Metro de Terrassa actualmente en obras. Y sin olvidar el espectacular telón de fondo que describía al principio, el parque natural de Sant Llorenç del Munt.

Las comunicaciones, la tecnología, la innovación, el valor añadido, se combinan con el respeto al medio ambiente y el

paisaje: ésta es otra de las claves del desarrollo futuro de la ciudad, basado en la sostenibilidad como criterio central y en el aprovechamiento de las oportunidades en distintos sectores coherentes con nuestras apuestas estratégicas de futuro. Estamos hablando, pues, de desarrollo económico, comercial, tecnológico en clave de sostenibilidad y con valores educativos, culturales y sociales: son rasgos clave que definen el modelo de progreso de la Terrassa de los próximos años.

Como siempre, a lo largo de nuestra historia reciente, motores, fábricas, infraestructuras, al servicio del desarrollo económico, de la creación de riqueza y empleo y del bienestar y la calidad de vida de las personas. Esta es la clave en la que insisto una y otra vez.

En el período que les he descrito, el paisaje ha ido cambiando. Hemos pasado del vapor como fuerza motriz a otras fuentes de energía, hemos cambiado las viejas fábricas textiles por modernos parques tecnológicos y empresariales. Hemos entrado con fuerza en el mundo de las nuevas tecnologías, en la sociedad de la información, en una globalización imparable. Hemos abandonado el modelo de crecimiento extensivo por uno de mayor calidad, que crea más valor, que refuerza la capitalidad de Terrassa en distintos ámbitos. Y que tiene la fortaleza necesaria para resistir firmemente las inevitables y a menudo dramáticas tentaciones deslocalizadoras del modelo industrial tradicional.

Esta es la apuesta de futuro donde se mezcla la cultura industrial y la industria cultural, en singular o en plural, donde la ciudad se posiciona para definir una posición sólida y atractiva, para cooperar y competir, para buscar la excelencia en algunos campos que consideramos estratégicos. Para, una vez superemos la

fase más compleja de la profunda crisis global que nos atenaza, poder aprovechar las infraestructuras, el conocimiento, el talento, la calidad urbana, como elementos decisivos de un salto delante de la ciudad en los próximos años. No especialmente en cantidad, sino sobre todo en calidad.

Pero a lo largo de este proceso se mantiene una constante: lo que cuenta son las ideas. Este es el auténtico motor, y para ello hay que crear el clima adecuado.

Tras las ideas hay personas, siempre personas, con nombres y apellidos, con redes locales y globales en las que interactúan, que deben encontrar en Terrassa el entorno propicio para desarrollarlas. Un entorno sólo visible en parte: ante nuestros ojos se despliega la historia y la realidad presente de una ciudad que se expresa a través de sus edificios, de sus parques, de sus calles, de sus comercios, de su cultura, de su industria. Pero detrás hay un espíritu, algo intangible y real a la vez, que no es de nadie y es de todos y todas. Creo que ésta es la auténtica razón por la que cultura e industria han avanzado tan estrechamente vinculadas a lo largo de la historia de la ciudad y siguen siendo nuestro motor de futuro y la clave para atraer talento y espíritu emprendedor, además de también “exportarlo”.

En Terrassa hay espacio para las ideas, pasión para impulsarlas, las infraestructuras, la masa crítica necesaria y una equilibrada combinación de apoyo municipal e iniciativa privada que ha dado y seguirá dando los mejores frutos: riqueza, empleo, cultura, innovación, oportunidades, bienestar, calidad de vida. En Terrassa hay también una sólida red que minimiza los efectos del fracaso, inevitable en un cierto porcentaje de ocasiones: sólo quien innova, quien avanza, quien proyecta, quien va un paso más allá, construye un futuro mejor.

Pero también arriesga más. El riesgo, calculado y sensato, es un componente inseparable del progreso.

Terrassa es una ciudad que apuesta, después de reflexionar y valorar sus opciones, de medir los riesgos. No todo puede salir igual de bien, pero seguro que en el contexto de este modelo habrá muchos más proyectos que salgan adelante y ofrezcan espléndidos resultados, que además se multiplicarán porque alrededor de cada proyecto o actuación hay una densa red social, cultural y económica

con la que se produce una interacción extraordinariamente productiva.

Ésta es la “fórmula Terrassa”: la cuarta ciudad de Catalunya, una de las capitales del futuro en la próxima década, es al mismo tiempo una gran factoría cultural y productiva y ofrece el entorno adecuado para la creación cultural y para que los ciudadanos y ciudadanas la disfruten en toda su plenitud. Abierta a las personas que se quieran sumar a nuestro modelo, sin preguntarles de dónde vienen ni dónde están, sino qué aportan y adónde quieren ir.